

á impulsar la enseñanza verdadera y católica en todos sus ramos en esta nuestra Diócesis, y á oponer, cuanto dable sea, un dique á tamaño mal por los medios legítimos de nuestro santo ministerio; ora planteando escuelas de primeras letras personalmente y por medio de nuestros Párrocos; ora estableciendo ó impulsando colegios católicos, en que se dé la enseñanza secundaria bajo los principios católicos; ora protegiendo las buenas empresas de los fieles para conservar ineólumes y propagar los principios católicos; los principios tutelares del hombre y de la sociedad vinculados en el catolicismo; sino que creyéndonos obligados á levantar nuestra voz para defender la verdad y advertir á nuestros fieles diocesanos del peligro, para que no naufraguen en la fé, lo hemos hecho reiteradas veces, y lo queremos haer una vez mas dedicandoos, venerables hermanos, y amados hijos en Jesucristo, el Sermon que predicamos en nuestra Santa Iglesia Catedral en la festividad del Misterio Augusto de la Trinidad Sacrosanta el dia 31 del próximo Mayo, y que redactado por escrito con alguna mas amplificacion, es el siguiente, en el que hemos procurado no tanto formar un panegírico del Misterio, cuanto instruiros sobre la importancia de la enseñanza católica, y prevenir á los padres y madres de familia contra la enseñanza anticatólica.

Recibid, amados y venerables hermanos y carísimos fieles Diocesanos, este nuevo testimonio del amor que os profesamos en Nuestro Señor Jesucristo, por cuya gloria y salvacion de vuestras almas, hemos emprendido este pobre trabajo en desempeño de nuestro ministerio pastoral, y recibid tambien con esta Carta, la bendicion Episcopal, que os damos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Dado *ex aedibus episcopalibus* en la ciudad de Leon, á los 25 de Junio del año del Señor de 1874.

JOSE MARIA DE JESUS,
Obispo de Leon.

JESUS MARIA AGUIRRE.
Secretario.

Sermon predicado en la Catedral de Leon,
el dia 31 de Mayo de 1874, en la fiesta
de la SANTISIMA TRINIDAD,

por su

PRIMER OBISPO.

Ex quo omnia, per quem omnia, in
quo omnia, ipsi gloria in soecula.
Ecclesia in off.

LA Santa Iglesia católica, en nombre de toda la humanidad, exclama hoy abismada ante el trono de la Magestad divina con las palabras del Apóstol Pablo *¡oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son sus juicios! ¡cuán inaveriguables sus caminos!* (1) Porque de EL mismo, *ex ipso*, y por EL mismo; *per ipsum*, y en EL mismo; *et in ipso*, están todas las cosas. En efecto, al contemplar el misterio altísimo de la Augusta Trinidad de Nuestro Dios y Señor, al escuchar de los divinos lábios de Jesus el precepto de enseñar á todas las naciones, este misterio escondido desde los siglos en

(1) *Ad Rom. c. 11 v. 33.*

el seno de Dios; al oír que Jesucristo estando ya para volverse á su Padre le dice: *he consumado la obra que me diste, he anunciado tu nombre á mis hermanos*, (1) no ha podido menos de entender la Santa Iglesia que en la revelacion del misterio augusto de la Trinidad Santísima se encierra algo mas de lo que comunmente se cree; que esta revelacion no solo importa un favor insigne da la confianza amistosa de Dios con el hombre revelándole sus secretos; no solo es el conocimiento de la naturaleza y operaciones inmanentes; no es, en fin, solamente el punto fundamental de la teología sobrenatural, sino que es el abismo de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios participado á los hombres; sabiduría y ciencia sin la cual no hay ninguna sabiduría verdadera ni ciencia verdadera entre los hombres; ciencia y sabiduría de quien viene toda ciencia y sabiduría *ex quo omnia*, por quien viene toda ciencia y sabiduría *per quem omnia*, en quien estriba toda ciencia y sabiduría *in quo omnia*; de suerte que, eliminando este misterio, queda eliminada de los hombres toda verdadera ciencia y sabiduría. El texto sagrado usa de esta palabra *omnia* que todo lo abraza, ciencias teológicas y ciencias filosóficas, y deja desde luego entender que allí se encierra un grande arcano digno de la mayor atencion y de la mas profunda meditacion.

En efecto, el misterio sobrenatural de la Trinidad augusta de nuestro Dios y Señor, es, segun la perfecta observacion de San Agustin, (2) como un sello puesto sobre toda la naturaleza. Sí, todo está sellado con la Trinidad; no hay criatura en que no se divise este misterio; mas las criaturas inferiores al hombre, que lo son todas las del Orden visible, tienen la huella, dice

(1) *Joan. c. 17 vv. 4 6.*

(1) *Aug. lib. 6 cap. 10. de Trinit. citado por Sto. Thom. q. 45 a. l. 7. °*

el Santo, que es como la marca que gravó el Criador Uno y Trino en toda su obra; pero el hombre se aventaja mucho mas, se eleva sobre todas ellas, es su rey, y ¿por qué? oídlo: porque es la imágen de ese Dios Uno y Trino, y cuanto dista la imágen de la huella tanto dista y supera el hombre sobre la béstia y sobre todo lo visible que le rodea. Escuchemos el sagrado texto que encabeza la filosofía cristiana, es decir, la única porque es la verdadera; dice: *faciamus hominem ad imaginem et similitudinem, nostram* (1) hagamos dice el Dios Uno y Trino, hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza; y luego añade como por via de consiguiente: *y presida á los peces del mar y á las aves del cielo y á las béstias de la tierra*; sí, precisamente, porque es la imágen presida á todo lo que no es imágen, sino únicamente huella; quede todo bajo sus plantas, *omnia subjecisti sub pedibus ejus* (dice el Salmista); porque todo lo que no es el hombre está marcado, sí, por la Trinidad; pero solo el hombre contiene la imágen de esa misma Trinidad. He aquí el punto de partida de toda verdadera ciencia; he aquí á la revelacion de la Trinidad encabezando el gran libro de todo saber, he aquí: *ex quo omnia, per quem omnia, in quo omnia*, he aquí á nuestro Dios Uno y Trino, de quien todo sale, por quien todo subsiste, y en quien todo tiene vida; *quod factum est, in ipso vita erat*, y á quien, por consecuencia indeclinable todo tiene que rendir el honor y la gloria suprema por la duracion de los siglos: *ipsi gloria in saecula*.

¡Oh Trinidad adoranda! ¡Oh Trinidad inefable! ¡Oh Trinidad incomprendible! y te adoro Pero, ¿cómo hablaré de tí? ¿cómo entraré en el abismo de las riquezas de la sabiduría que se encierran en tí? Hablar tus grandezas es imposible á la lengua humana, diciendo Agustin, *Tú ineffabilia fari venisti? crede jam periisti: ca*

[1] *Gen. cap I v. 26.*

llar no es dable, porque como dice San Leon el grande, no es lícito al sacerdote sustraer al puebo cristiano la palabra divina. ¿Qué haré? me arrojare á tus pies, tomare prestadas tus palabras, las pediré á la que es asiento de tu sabiduría, y ella, mi Madre, la Madre de la Luz me las dictará para que tu pueblo te adore, para que te alabe, para que se abisme en tu grandeza, y no se envilezca en el fango de la falsa ciencia. Así te lo pedimos ¡oh María! saludándote con el ángel. AVE MARIA.

Ex quo omnia etc.

Bien conocido es en el órbe literario el célebre dicho de aquel sábio de la Grecia "conócete á tí mismo" *nosce te ipsum*: dicho que se ha tomado justamente como el lema de toda la filosofía y por consiguiente de toda la ciencia humana, porque no hay ciencia que no sea tributaria de la filosofía. Recorred en efecto todas las escuelas, interrogad al Areópago, pasad al Liceo, venid hasta el renacimiento, y bajo diferentes fórmulas, hallareis reconocida esta verdad. Y en efecto, ¿qué filosofía puede darse sin partir del hombre? Porque si comparamos las varias definiciones de filosofía dadas por la antigüedad v. g. las de la Grecia reasumidas en la de Aristóteles, las del Lácio reasumidas en las de Ciceron, las de la filosofía cristiana reasumidas en la de Santo Tomas, las modernas reasumidas entre los Leibnizianos en la de Wolfio; las de los Cartesianos en la de Descartes, la de la escuela inglesa en las de Newton, y aun las de las escuelas materialistas encabezadas por Bacon y Loke representadas en último término por Destutt de Tracy y Jons Mille, todos conspiran, sin poderlo evitar, á reconocer al hombre como punto de partida de toda investigacion filosófica. Ni cómo podia ser de otra manera puesto que todo conocimiento filosófico es por causas, y el hombre tiene la conciencia de su propia dignidad que lo constituye rey del universo visible, y su consecuencia, fin ó

causa final á que todo se encamina, conspirando todos los seres que lo rodean en este universo hácia él como á su fin? Bellísima es en este punto la filosofía de las divinas letras: en ellas se presenta al Criador desplegando los cielos, *extendens coelos* afirmando la tierra, elevando los montes, dividiendo las aguas, vistiendo los campos, poblando los aires, marcando los tiempos, ordenándolo todo para constituir por último al hombre como en su casa en medio del órbe con señorío universal; y en seguida á ese hombre, imagen y semejanza suya, recibiendo el homenaje de todos sus vasallos: las béstias en su presencia, esperando oír de sus lábios el nombre de cada una; mas adelante, á las criaturas todas, como mensajeras del Criador, que le traen recados de su parte; y en fin, al universo todo, como un gran libro, en expresion de San Agustin, en que con grandes caracteres, puede leer por todas partes el nombre de su Autor, y el testimonio de su amor, ó como un grande y múltiple espejo, en espresion de Santo Tomas, que le refleja por todas partes la imagen de su Dios gravada en el mismo hombre en quien, conforme al axioma filosófico: *quae disperguntur in inferioribus, coadunatur in superiori*, se reasumen en él todas las perfecciones que el Señor distribuyó en las demás criaturas que le rodean, hasta decir San Gregorio que, bajo algun respecto, el hombre es todo, porque tiene ser con las piedras, vivir con las plantas, sentir con los animales, y entender con los ángeles *secundum aliquid omnis creatura est homo: habet esse cum lapidibus, vivere cum arboribus, sentire cum animalibus, intelligere cum angelis*; (1) y por esto, San Juan Damasceno con toda la antigüedad le llama *microcosmos* ó mundo en pequeño, porque todo el universo se epiloga en el hombre como en su centro. Filosofía menos presuntuosa que la de nuestros dias, pero mucho mas elevada y digna de Dios y del hombre.

[1] *Hom. 29.*

Despréndese de aquí una consecuencia tan indeclinable, como gloriosa para el hombre, á saber: que sin el conocimiento del hombre toda ciencia natural claudica, falsea y aun se hace imposible. Por eso el gran Santo Tomas, con su profunda mirada filosófica, al encabezar todas las ciencias humanas por la filosofía, á la cual, segun el Santo, todas están subalternadas, siendo ella la única que no tiene que ir á pedir prestados sus principios á otra ciencia superior en las de la esfera de la razon, examina ante todo los varios órdenes que la razon humana alcanza á contemplar en todo lo que le rodea, y comenzando por ella misma, es decir por sus propias operaciones, encuentra en la estructura intelectual de su accion el orden lógico; saliendo en seguida de sí, es decir de su operacion interior cognoscitiva, se encuentra á sí mismo el hombre presidiendo al orden físico, el cual recorrido se remonta al orden metafísico, en el cual, procediendo del propio conocimiento de su alma, es decir de la Psicología, sube á la Teología natural, formando la escala que marcó el grande ingenio del sol del Apostolado, Pablo, al decir: *invisibilia [Dei] per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur, sempiterna quoque ejus virtus et divinitas* [1] Y por último, con una mirada comparativa entre Dios y el hombre, encuentra el orden moral, en el que el hombre volviendo á su origen, que es Dios, lo transunta en sí mismo en el orden de las operaciones de su voluntad. Y he aquí las cuatro grandes secciones que constituyen el gran cuerpo científico de la filosofía verdadera colocadas en el orden obvio y natural de los conocimientos humanos. Y notad desde luego que, en todos ellos, el punto de partida para todas las investigaciones filosóficas es el hombre; de que se infiere que para el verdadero filósofo, y para todo el que ha de filosofar en cualesquier orden científico, la primera necesi-

(1) *Ad Rom. 1. 20.*

dad, la mas imprescindible, la suprema es el verdadero conocimiento del hombre.

Pero el hombre es un misterio para sí mismo. Consultad si no á todos los filósofos de los cuatro mil años que precedieron al evangelio, ¿y qué hallais en último análisis? ¿encontrais por ventura perfectamente dibujada la imágen del mismo hombre? ¿hallais fijada con presicion la naturaleza de su doble ser intelectual y corporeo? ¿os suministran bastante luz las escuelas de Atenas y de Roma pagana para dar solucion á esta pregunta: *¿Quid es homo?* ¿Pudieron Pitógoras, Platon, Plutarco y otros muchos con sus viages á Egipto, á la magna Grecia y al Oriente deslindar quien es el hombre? ¿Por ventura ¿fueron mas felices Plinio, Séneca y el gran filósofo Ciceron? Nada de esto: este último basta para dar testimonio de todos, pues á todos los conocia profundamente y á todos los coloca de interlocutores en sus eruditísimas obras filosóficas *de la nataraleza de los Dioses, de las cuestiones tusculanas, de las leyes etc.* en las que, despues de tanta investigacion, la última palabra desgarradora que el lector saca, es la impotencia del hombre para conocerse a sí mismo y para conocer á Dios, sin cuyos conocimientos se desploma todo el edificio científico. Así es como se verifica el profundo dicho del gran Pablo que encerró como en un lema á todos los filósofos precedentes al evangelio en estas breves palabras: *Semper discentes, et nunquam ad veritatis scientiam pervenientes.* [1]

¿Quién prestará, pues, al hombre la gran ciencia del hombre mismo? ¿Quién con esta clave le abrirá el vastísimo campo de todo saber humano? ¿Quién? No otro, por cierto, sino el que tiene el tipo primitivo del hombre mismo, el Verbo divino, que siendo la imágen y figura de la substancia divina, la transuntó

[1] *2. Ad Tim. c. 3. v. 7.*

en el hombre, y que desfigurada por culpa del hombre, se ocultaba al mismo hombre: el cual, en expresion de nuestros libros santos, andaba como á tientas, como un ciego palpando al medio dia *in meridie sicut palpare solet coecus in tenebris*, [1] hasta que en la plenitud de lostiempos, en medio de los años, se dejó ver en la tierra, como dice Baruch, el Verbo de Dios vestido de nuestra humanidad; el mismo que habia hallado desde el principio el camino de toda ciencia, y habia iniciado en él desde los tiempos antiguos á su siervo Jacob y á su amado Israel, ensayándose, como dice Tertuliano, ya desde el principio, ya desde entónces, el hacerse hombre *jam ex tunc, jam á primordio, hominem fieri*, para deslindar, esclarecer y comunicar al hombre la misma imágen de Dios que habia gravado en el hombre desde el principio, como explica San Agustin. Y he aquí un algo de la profundidad del concepto que se encierra en las palabras de Jesus, antes citadas, cuando dijo: *he consumado mi obra, he revelado, Padre, tu nombre á mis hermanos*. Pero demos mas claridad á este concepto.

Para esto, es necesario remontarse al origen de toda ciencia, al pensamiento divino que presidió á la creacion del universo, pues solo así podremos descubrir, en la parte que nos es dable, ese tesoro inagotable y ese abismo insondable de las riquezas de la sabiduría y ciencia de aquel Dios que se llama por antonomasia el Dios de las ciencias *Deus scientiarum Dominus est*. [2] A este propósito tenemos los católicos un gran libro que se llama por excelencia el libro de la sabiduría, en el que se nos traza el bellissimo cuadro de la formacion del universo, no por alusiones de siglos, como inventan fantásticamente los geólogos anticatólicos, ni por transformaciones caprichosas y degradantes,

[1] *Deut. cap. 28 v. 29.*

[2] *I. Reg. cap. 2. v. 3.*

tal cual la del mono ó simio en hombre, sino por la operacion de la sabiduría eterna que jugueteaba risueña en el orbe de las tierras *ludens in orbe terrarum*: [1] allí despues de pintarnos con los colores mas vivos esa operacion *ad extra*, como llaman los teólogos, de nuestro Dios y Señor, se nos declara en breves pero profundas palabras el pensamiento divino que presidió á toda esta magnífica obra; pensamiento altamente filosófico que sirve de clave única para dar solucion á ese *porqué* universal que tanto interesa á los verdaderos filósofos: he aquí aquel pensamiento enunciado en sus precisos términos: *Unívsera propter semetipsum operatus est Dominus*. (2) Todo, sí, sin excepcion tiene por último término el primer principio; todo viene de Dios Uno y Trino, y todo vuelve á Dios Uno y Trino; y todo reconoce por última causa final á la primera causa eficiente, y ahí tambien se encierra lo primera causa ejemplar en donde están todos los tipos, ó sea las ideas divinas encerradas en una, que es el Verbo, *in quo omnia*, que es la sabiduría misma, la sabiduría en esencia, la sabiduría absoluta, *per quem omnia*, esa sabiduría en quien todo lo que fué hecho tenia vida, *in quo omnia*, esa sabiduría nacida desde toda la eternidad en el seno del Padre, por quien el Padre hizo todas las cosas, *per quem omnia... per ipsum facta sunt*; (3) esa sabiduría, ese Verbo que es con el Padre un solo principio de que procede el Espíritu Santo, Señor y vivificante, *ex quo omnia*, en fin, esa Sabiduría que vestida de nuestra humanidad vino á dar la última solucion del *por qué* filosófico de todas las cosas, revelándonos el misterio escondido desde los siglos en Dios, *mysterium absconditum á soeculis*, [4] el abismo de las riquezas de nuestro Dios, su Trini-

[1] *Prov. c. 8 v. 31.*

[2] *Prov. 16 v. 4.*

[3] *Joann. cap. 1. v. 3*

[4] *Ad Colos. c. I. v. 26.*

dad augusta, su Unidad simplísima á quien toca sin disputa el honor y la gloria por los siglos, *ipsi gloria in saecula*.

Y en verdad decidme: ¿qué cuestion filosófica queda insoluta con aquella respuesta? Ninguna por cierto. Disputen en hora buena los antiguos y modernos filósofos de la perfectibilidad del mundo y del hombre; digan cuanto quieran los defensores del optimismo; aleguen cuanto gusten sobre la perfectibilidad progresiva de la humanidad, todo está encerrado en último término en aquella respuesta, *universa propter semetipsum operatus est Dominus*; el fin último que todo lo perfecciona, que todo lo ennoblece, y que hace que se pueda decir; *vidit cuncta quae fecerat, et erant valde bona*, (1) es el mismo Dios Uno y Trino, de suerte que por EL y no por sí mismas tienen las criaturas cuanto han menester para la consecucion del fin próximo de cada una en que consiste su perfeccion, y del fin universal á que todas se encaminan, y en que consiste la perfeccion última posible en que se encierra la del universo. Digan cuanto quieran los racionalistas sobre la perfeccion de la razon humana, nada habrán dicho en último término si la separan de la razon divina; y si la desvian de su primer punto de partida, el soplo divino de donde emana, y de su último término á que se encamina, que es el mismo Dios: todo será, menos la ciencia verdadera del hombre. Sondeen cuanto gusten los filósofos en los misterios de la naturaleza física, analizen, dividan y compongan como les plazca los elementos químicos; pongan en juego la luz, la electricidad, el vapor; inventen nuevas aplicaciones, operando con su inteligencia sobre la materia inerte; discurran nuevos métodos para clasificar las plantas y los animales; hagan en hora buena navegable el aire, potable el agua marina; pese Cavendiche el globo, y si se quiere, el mundo en su balanza;

[1] *Gen. c. 1º v. 31.*

marque Kepler las leyes de la gravitacion universal; sujete Newton á cálculo el vapor de los mares; sujete Haley la luna al freno de los números; descubra Leverrier nuevos planetas; campee cuanto quiera Humboldt en su *Cosmos*; progrese en fin, cuanto dable sea la física en sus variados y extensos ramos, nada se habrá hecho si se pierde de vista el pensamiento del Criador; nada de verdadera ciencia se habrá obtenido si se desconocen las primordiales causas de que todo procede y á que todo se encamina. Y así como descuadernado un libro, sus ojas sueltas llegando á manos de cada uno, no pueden darle la verdadera nocion que en el libro se encerraba, así todas las ciencias separadas del hombre, y el hombre de Dios, no le pueden dar al mismo hombre la verdadera nocion científica que se encerraba en el gran libro de la creacion. Trabajaré, se desvelaré, se fatigaré el hombre progresista; pero si no parte de donde debe, ni llega á donde debe, nada habrá hecho: mucho habrá estudiado, mucho habrá escrito, mucho creará haber aprendido y aun enseñado, pero no habrá tocado en la ciencia de la verdad. *Semper discentes, et nunquam ad veritatis scientiam pervenientes.*

El hombre es, pues, al primer objeto que debe conocer el hombre; pero el hombre real, no el fantástico; el hombre que erio Dios, no el hombre que forja á su capricho: pero, ¿y cómo conocer al hombre de la creacion hecho á imágen y semejanza de Dios Trino y Uno sin conocer ese mismo Dios? ¿Cómo conocer el retrato sin conocer el original? Verdad es que cuando se nos presenta un retrato y se nos dice de quien es, por él podemos formar algun concepto del original, v. g. de su figura, de su rostro, de su magnitud; pero si ignoramos de quien es aquel retrato, la empresa se hará imposible; y si á esto se añade que el retrato esté desfigurado, aun cuando se sepa de quien es, no será fácil formar el concepto verdadero de su tipo, si, por otra parte, no se le conoce. Y he aquí ya lo que ha sucedido con